



# tribulaciones de un hipocondríaco

## La vida en rojo

### MARCO AURELIO CARBALLO

Estimada Tere: Como ya te diste cuenta me fue imposible asistir al desayuno convocado por Pepe Chong. Le estuve llamando a su celular desde las nueve de la mañana de ese sábado 23 de octubre, para disculparme, y su número respondió siempre como si estuviera ocupado. De verdad siento mucho no haber podido ir pero me estaba empezando una infección en las vías respiratorias (IVR) y tenía el ánimo por los suelos aparte de las molestias físicas.

La llamo IVR porque ni era un vil resfriado ni catarro ni gripe. Temí que fuera influenza porque había escuchado en la radio al secretario de salud alertando a la población sobre lo que se avecinaba para este invierno, las vacunas, los cuidados, etcétera. Como tú sabes la influenza, que es cíclica, ha diezmando a nutridos grupos de personas ahí donde aparece y hacia donde se desplace.

Mis temores eran fundados por dos razones. La primera porque soy hipocondríaco y la segunda porque la escritura de un mamotreto me produjo en 1999, como efecto secundario, una neumonía efectiva. Es decir nada imaginado por un hipocondríaco.

Eso de la hipocondría la heredé de mi madre. Ella ha llegado al extremo (tiene 91 años) que si el matasanos le dictamina: “Hay que operar”, ella se pone feliz.

Qué digo, se pone dichosa.

Hace cinco años yo estaba tecleando a todo vapor un mamotreto de poco más de cuatrocientas páginas que por cierto ahora nadie quiere publicarme. Empezaba a darle a <<la cosa>> en cuanto despertaba, mañana, tarde, moda y noche. Las molestias de estar sentado no tenían por qué ser en los pulmones o en los bronquios, sino en las piernas. El caso es que me puse a fumar como demonio.

Nunca había fumado de esa manera. Fumo si bebo, si me embolo. El Rayo Macoy, gran observador, suele decirme: “Cuando me pides un cigarro es que ya estás bolo”... Pero con aquel libro, obsesionado, compulsivo, si pudiera decirse así, abstraído, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y tabaco negro, Delicados. Después de los Ráleigh, que ya me saben a paja quemada, me hice adicto a medias a los Delicados.

Total que en diciembre de 1999 viajé a Tapachula con un principio de lo que supuse (GT) gripe terrenal. En cuanto llegué al cuarto de hotel no salí sino nueve días después. La GT resultó una neumonía mortífera. Ahorro todos los años para llevar a la familia a la tierra y para que los críos sepan bien a bien de qué charco saltó su padre. Valga la frase porque la tierra no es ningún charco, es el Manhattan del Pacífico.

Le di las gracias al doctor Hernán Betanzos y le dije que celebraba haber salvado el pellejo por esa vez. Pero

deploraba no haber puesto el pie un día, uno sólo, en La Mesa Redonda. En cuarenta y ocho horas regresaríamos al DF. Entonces el doctor me dijo: “Vaya y échese las que quiera”.

Me quedé como hubiera quedado una mañana al asomarme y ver que el volcán Tacaná había desaparecido como tal, no bajo un banco de nubes, sino porque el presidente municipal de Tapachula lo hubiera rematado, para construir ahí, digamos, un wall-mart en espiral, de arriba abajo y de abajo arriba.

Como el doctor no aclaraba que era una broma siniestra (lo de zumbarme una espumosa), le dije que no tenía caso si la cerveza iba a estar caliente. “Fría”, dijo él. “Bien fría. Es más, si quiere ahí nos vemos mañana. ¿A qué hora?” A la una pm, le dije todavía dudando.

Petunia se persignó.

Creo que después de media docena de espumosas



Castañeda

le besé la frente al doctor Betanzos por haberme salvado la vida y con qué final, con aquel bello y fresco remate.

Desde entonces, durante cinco años, catarros iban y gripes venían por la casa, y yo indemne. El doctor Betanzos me había blindado para siempre las vías respiratorias, supuse. Pero no, el blindaje duró un sexenio. Hace varias tardes observé que doña Gregoria tosía y de modo instintivo se llevaba la mano derecha a la boca.

Ella estaba haciendo unos sopos y díjeme que me dije yo de esos sopos no como. Soy hipocondríaco y debo cuidarme los bronquios.

¿Cómo les llaman en San Luis? ¿Sopes como en el DF? ¿Memelas como en el Soconusco? ¿Picadas como en Veracruz?

Estoy escribiendo otro mamotreto, más extenso que el de hace cinco años (llevo quinientas setenta páginas) pero sólo había fumado unas cuantas cajetillas. Incluso dejé de fumar cuando llegué a la cuartilla ciento trece sólo porque recordé aquellos nueve días moribundo en un cuarto de hotel.

El fuego del comal iba a convertir en humo cualquier virus, incluido el de la influenza, me dije. Pero no. Bruno (14 años) y yo caímos cual moscas abatidas a peridicazos.

A Petunia y a Mario (12 años) no les gustan los sopos.

Doña Gregoria me oyó toser la mañana del sábado, y cantarina me preguntó si ya me “había dado la tos”. Es la ventaja de quienes no son hipocondríacos porque uno procura encerrarse tres días para no contaminar a los demás, y menos poniéndose las manos cerca de la boca a la hora de hacer los sopos.

Por eso falté al desayuno.

Saludos para ti y para tu esposo Roberto. ■